

RESEÑAS / REVIEWS

EDUARDO BAURA GARCÍA, *Un tiempo entre luces. La creación del mito de la Edad Media oscura*, Editorial La Ergástula, Madrid, 2022, 380 págs., ISBN 978-84-16242-90-0.

Este libro del profesor Eduardo Baura García es prueba fehaciente de su labor en el ámbito del medievalismo. Es licenciado en Humanidades y doctor en Historia Medieval por la Universidad CEU San Pablo, institución en la que ejerce su labor como docente e investigador. Es autor de numerosas publicaciones, entre las que podemos destacar *Aetates mundo sunt: La división de la historia durante la Edad Media*.

Desde el principio de su obra, el autor expone su objetivo: intentar dar respuesta a todos los interrogantes relacionados con el origen del concepto despectivo de Edad Media, cómo se creó, cuándo y dónde apareció por primera vez, cuál fue su desarrollo, quiénes fueron los principales autores implicados en esta gestación y, sobre todo, cuáles fueron los motivos que llevaron a estos a crear la noción historiográfica de época oscura.

Cabe mencionar que la única fase en la que la visión negativa de esa época dejó de estar en boga se corresponde con la mitad del siglo XIX con el Romanticismo. No obstante, anteriormente esta ingenua y benigna imagen de la Edad Media prosperó debido a que coincidió en el tiempo con un recrudescimiento de su visión despectiva, por medio de grandes propagandistas del Renacimiento italiano. Estos autores, en su empeño por ensalzar los logros de los artistas y escritores del *Quattrocento* y el *Cinquecento*, con el objetivo de realzar los logros de esos humanistas, decidieron cargar las tintas contra el periodo inmediatamente anterior. Hay que tener en cuenta que los humanistas que más contribuyeron a la formación y desarrollo del concepto no fueron historiadores, sino artistas y literatos. Por ello, encontraremos a lo largo del libro que el autor no se ha centrado tanto en el estudio de las obras de carácter histórico, sino en las obras literarias, los tratados artísticos, los ensayos filosóficos y teológicos, e, incluso, en los epistolarios, que, entre otras cosas, han permitido conocer cuáles fueron las relaciones entre los diferentes humanistas y averiguar así posibles cauces de difusión de la propaganda antimieval.

Aun así, en el ámbito historiográfico, cada vez son menos autores que mantienen estas tesis en contra del Medievo, como Jacques Heers, Régine Pernoud y Jacques Le Goff. Dentro de la bibliografía que existe sobre el concepto han sido muchas y muy diferentes las maneras en que los investigadores las han utilizado

para acercarse al estudio de este campo.

En cuanto a los estudios relacionados con el tema, Baura señala que es a comienzos del siglo XX, cuando una serie de académicos, provenientes casi todos de ellos de la Historiografía y la Filología, empezaron a interesarse por la aparición del término «Edad Media». A partir de sus investigaciones, apenas han aparecido trabajos que realicen contribuciones novedosas en relación con los vocablos utilizados para designar esta época de la historia. Podemos, pues, diferenciar tres tipos de estudios: los que se ocupan de modo genérico del origen y posterior desarrollo de esta noción historiográfica, los que se centran en aspectos concretos y aquellos que han ido realizando aportaciones a través de la relación del concepto de «Renacimiento» y el de la «periodización histórica».

En el segundo capítulo, Baura da unas breves pinceladas que nos permiten comprender mejor la tradición cultural de la que fue partícipe Petrarca, a partir de la cual él mismo extrajo muchas de sus ideas. En primer lugar, menciona la *Biblia*, en la que encontramos una lucha constante entre la metáfora de la luz y la oscuridad, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Hallamos la figura de Cristo como luz del mundo. Esta centralidad de la figura de Jesús en el discurrir humano se traslada también a la propia concepción histórica del cristianismo, lo cual observamos en las dos grandes explicaciones divisorias de la historia que desarrollaron los grandes teólogos cristianos: la de las Seis Edades de San Agustín, que utiliza la expresión *in hoc interim saeculo* –término que para Gordon constituye un precedente de la posterior noción de Edad Media–, y la de las Tres Eras.

Así pues, la idea de que la época en la que estaban viviendo no suponía más que un paso previo a la verdadera vida celestial –el ser humano se concebía como *homo viator*– fue expresada por los autores medievales en numerosos textos, e impregnó la mentalidad teológica e historiográfica de todo un milenio, y habría que esperar hasta el siglo XII para encontrar una novedad en este modo de comprender la historia. Con esta infravaloración hacia su propio tiempo, los pensadores medievales contribuyeron sin quererlo a la posterior denigración de la Edad Media por parte de los renacentistas italianos.

Tal como señalamos unas líneas más arriba, a partir del renacimiento del siglo XII, los autores medievales hicieron una distinción entre ellos mismos y sus predecesores a través de la dualidad *antiqui-moderni*. Esta dicotomía, ya utilizada por autores antiguos, como Horacio o Virgilio, y recogida en el Renacimiento italiano, representaba una clara distinción entre el pasado y el presente. Esto es una muestra de la admiración que existía durante la Edad Media hacia los autores antiguos, particularmente hacia los griegos y los romanos, lo cual desmiente el supuesto olvido de la cultura grecorromana durante el Medievo que tanto lamentarían los humanistas italianos. Por tanto, durante toda la Edad Media hubo una serie de movimientos culturales que buscaron la vuelta a las formas literarias artísticas de época clásica. En esos renacimientos medievales, fueron muchos los autores que hicieron un llamamiento a la renovación, e, incluso, llegaron a utilizar términos muy parecidos a los que luego usarían los propagandistas del humanismo italiano para reivindicar su movimiento. Sin embargo, hubo momentos en los que se criticó la situación cultural de los siglos anteriores o de la

propia época. Esta crítica fue una práctica que tanto Petrarca como el resto de los humanistas italianos, llevarían al extremo y convertirían en uno de los pilares de sus tesis históricas.

Más adelante, Baura menciona la figura de Dante, como uno de los prehumanistas, predecesor de Petrarca. Su concepción del mundo, plasmada de manera detallada en sus obras, concordaba perfectamente con el pensamiento de la época. Ahora bien, no se puede negar que, dentro de su medievalidad, introdujo algunas de las ideas que serían fundamentales para la mente renacentista italiana. La más importante de ellas fue su alabanza y defensa del imperio romano como la forma política más excelsa de la historia de la humanidad, acompañada de una fascinación hacia los autores de esa época. Estas fervientes alabanzas a la Roma imperial se explican en parte por el triste panorama italiano, que en comparación ofrecía la época de Dante, una motivación que, también en el caso de Petrarca y del resto de humanistas italianos, fue fundamental a la hora de reavivar su amor hacia la Roma clásica y su desprecio hacia todo el tiempo posterior a su decadencia. Por otra parte, hay que poner de manifiesto el rechazo dantesco al poder temporal de la Iglesia, que también se integra, junto con la pleitesía a la Roma imperial, en una larga tradición medieval de críticas a la avaricia de los bienes terrenales por parte del poder eclesiástico. Dante conservó siempre una mentalidad medieval en el modo en que afrontó los diferentes asuntos y debates con una perspectiva providencialista. No obstante, su alabanza a la Roma imperial y su veneración hacia los autores latinos supusieron un salto cualitativo con respecto al tratamiento que los autores previos habían dado a la literatura clásica. En la *Divina Comedia* dio un paso más en su papel como predecesor del Renacimiento italiano: representa el equilibrio entre el cristianismo y la antigüedad clásica, entre el pensamiento antiguo y el medieval, aderezado con algunos aspectos innovadores que apuntan ya a lo que supondrá el ideario renacentista, cuyo verdadero fundador será Petrarca.

Con respecto a este autor, a lo largo de los años, tanto sus convicciones políticas, como las culturales y religiosas, cambiarían en numerosas ocasiones, de modo que, según Baura, si se leen las obras y las cartas del poeta, sin atender a sus fechas de composición, podría parecer que se trata de diferentes autores. Solo hubo un aspecto de las ideas de Petrarca que se mantuvo invariable: su veneración hacia la Roma clásica, que condicionaría sus concepciones historiográficas, sobre todo en lo que se refiere a sus logros culturales. Este amor incondicional se debió al estudio de autores como Cicerón o Virgilio. Cabe destacar el hecho de que Petrarca utiliza la palabra «renovación» en algunas ocasiones, por lo que, en este sentido, expresa perfectamente su anhelo de retornar a los clásicos, después de un supuesto olvido de ellos durante los siglos precedentes, una pretensión que ya gira en torno al concepto de «Edad Media», y que sería la piedra angular de la propaganda realizada por los autores del Renacimiento italiano. Además, no fue el primer autor cristiano que se pronunció en contra de la Escolástica y de los errores y los pecados de la Iglesia, como hicieron Dante o Boccaccio.

Petrarca se mostró siempre apegado a la Roma antigua y consideró que su decadencia y el fin de la supremacía política italiana habían supuesto la degradación

en todos los campos. A partir de ese momento, por tanto, en su opinión, se había producido una profunda decadencia de las artes, las letras, la filosofía e incluso de las virtudes, de modo que la época posterior a la caída de Roma, incluyendo su propio tiempo, era apenas una sombra de lo que se había alcanzado en la era clásica. Esta referencia a la incapacidad de las generaciones posteriores a la época clásica de escribir obras que pudieran llegar a la posteridad demuestra el rechazo que Petrarca mostró siempre hacia la cultura escrita de la Edad Media, pese a que casi todas sus obras beben de fuentes de esos siglos o pertenecen directamente a géneros específicamente medievales. Dentro de la decadencia de los diferentes géneros literarios, el declive de la poesía fue, sin duda, el que más dolió a nuestro autor, y reconoció que otros dos autores le habían secundado a la hora de renovar la literatura: Dante y Boccaccio.

Por su parte, Petrarca defendía la existencia de una separación nítida e irreconciliable entre la época de la Roma clásica y los años posteriores, y consideraba que en el siglo IV ya se había producido un auténtico cambio de época. Es por ello que algunos autores lo han calificado como el creador del concepto de «Antigüedad clásica» como periodo histórico separado del tiempo posterior a la decadencia de Roma. A su vez, esta diferenciación entre dos edades llevaría al poeta a forjar otro concepto, según Baura, aún más novedoso e importante: el de «discontinuidad histórica». Este marco teórico fue el que hizo posible la noción de «Edad Media». No obstante, no fue hasta finales del siglo XIV y principios del XV cuando los humanistas posteriores a Petrarca dieron el salto y avanzaron hacia una restauración cultural: el Renacimiento sería entonces ya una realidad.

A partir del tercer capítulo, Baura menciona cómo escritores como Boccaccio, Villani y Salutati continuaron fieles a las ideas de su maestro tras su muerte. Difundieron ese primer humanismo durante las últimas décadas del siglo XIV, y fueron un puente entre la generación de Petrarca y la de los autores del Renacimiento pleno del siglo XV. Estos autores fueron los primeros en tener conciencia de estar presenciando una época de cambio. Según su concepción, en esta nueva era de novedades, se estaba dejando atrás una triste y oscura edad, y se daba poco a poco la bienvenida a una nueva era de luz y esplendor. Para el autor del libro que comentamos, parece adecuado situar a estos autores dentro de un tiempo de cambio, que sigue estrechamente vinculado a la tradición cultural de la Edad Media, pero que a la vez desea abandonar esa época e inaugurar una nueva era.

En relación con Boccaccio y su *Decamerón*, debemos dejar claro que fue una obra de clara impronta medieval, algo que se observa tanto en las fuentes utilizadas a la hora de recopilar los diferentes cuentos, como en el propio título de conjunto. Así, es interesante un fragmento de un cuento en el que Boccaccio realiza una referencia claramente despectiva con respecto al estado de la pintura durante el Medioevo. Señala de manera rotunda que esta arte había estado sepultada durante muchos siglos; he aquí un componente novedoso, en tanto en cuanto es la primera afirmación de un renacimiento artístico. Además, Boccaccio inaugura una práctica, la del juicio artístico por parte de los humanistas, que pronto se convertiría en costumbre dentro del ámbito de los literatos y pensadores italianos. Crítica, pues,

a los pintores medievales por haber puesto su arte al servicio de los ignorantes, en lugar de haber buscado deleitar a los sabios. Por tanto, establece una división entre la clase intelectual y el vulgo. Esta visión elitista del arte se propagó en muy poco tiempo hasta convertirse en una de las señas de identidad del humanismo italiano. De la misma forma, en el *Decamerón* se hacen descripciones de los pecados y vicios de frailes y clérigos, que aparecen en muchos de los cuentos que componen la obra, y que con el paso del tiempo se generalizarían hasta crear el lugar común del corrupto y vicioso clero medieval, que sermoneaba a los feligreses acerca de la necesidad de practicar la castidad, pero que luego se comportaba de manera opuesta.

Por otra parte, a diferencia de Petrarca, para Boccaccio, la situación de la poesía había cambiado gracias a Dante, quien, gracias a su *Divina Comedia* y al resto de sus obras, habría conseguido por fin aquello que el aretino tanto había anhelado: la resurrección de la poesía. Así pues, el *Decamerón* es el primer texto en el que se afirma que ese renacimiento ya se había producido, y en el que aparecen juntas las dos ideas que resumen la creación del concepto despectivo de «Edad Media», por un lado, la terrible situación cultural, en este caso de la poesía, durante los siglos medievales; por el otro, la culminación de la resurrección de las letras por parte de un autor italiano contemporáneo. Durante la segunda mitad del siglo XIV muchos humanistas recogerán este concepto de renacimiento cultural.

En el tercer capítulo del libro, Baura culmina haciendo referencia a la generación de humanistas posterior a Boccaccio, Salutati y Villani, que se corresponde con la segunda mitad del siglo XIV, a caballo entre el *Trecento* y el *Quattrocento*. Para estos nuevos autores, la figura de Petrarca pasó de ser el modelo directo del humanismo, a convertirse poco a poco en una referencia respetada y venerada, pero cada vez más lejana del tiempo, lo que dio pie a una paulatina toma de distancia con respecto a sus ideas. Estos humanistas recogieron las tesis principales del planteamiento petrarquista, basadas en los conceptos de la luminosidad clásica y la oscura época posterior, pero a la vez los fueron matizando, e hicieron más hincapié en el resurgimiento del latín, de la literatura y del arte en su época. Sus obras están plagadas de referencias a esa supuesta edad oscura transcurrida desde el final de la época clásica hasta los siglos XIV y XV. Los tres escritores que más contribuyeron, según Baura y otros estudiosos, a la evolución y difusión del concepto despectivo de la Edad Media fueron Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini y Flavio Biondo.

En el último capítulo del libro, el autor se adentra en el terreno de la dialéctica propia del *Quattrocento* y el *Cinquecento* entre Edad Media y Renacimiento. Señala que cualquier italiano con acceso a una buena educación que naciera durante la primera mitad del siglo XV se familiarizaría muy pronto con el concepto de «Edad Media», que ya por aquel entonces había sido elaborado y desarrollado, y aportaría algún elemento más que ahondara en esa diferencia entre ambas épocas. El número de autores que pertenecieron al humanismo, se multiplicó de manera exponencial durante ese momento, lo cual, si tenemos en cuenta la mejora de las técnicas de difusión de los libros, hace que dispongamos de un número inabarcable de obras humanísticas en las que aparecen continuas referencias a los conceptos de

«Edad Media» y de «Renacimiento». Por esa misma razón, Baura, en este capítulo, evita la repetición y opta por glosar solo aquellos textos en los que los humanistas del *Quattrocento* y de la primera mitad del *Cinquecento*, realizaron contribuciones verdaderamente novedosas con respecto al concepto cultural del Medievo. Así, en el ámbito literario señala autores como Matteo Palmieri, Vespasiano da Bisticci, Poliziano, Niccolò, Machiavelli o Francesco Florido. Estos hicieron hincapié en la tesis general, es decir, en la decadencia de las letras, desde la caída del Imperio romano de Occidente, hasta los primeros autores del Renacimiento, aunque hubo uno de ellos que llevó a cabo una contribución de carácter novedoso, Lorenzo Valla, que escribió mucho acerca de lo que él entendía como la degradación de la lengua latina durante la época medieval, en sus *Elegantiae linguae latinae* y en sus *Dialecticae disputationes*.

Más adelante, Baura, con el apoyo de otros estudiosos, señala a Giorgio Vasari como acuñador del Renacimiento y enterrador del arte medieval. A través de sus *Vite* dotó de nombre y de identidad conceptual y cronológica al Renacimiento italiano, un movimiento que pasó de ser un concepto etéreo a convertirse en una idea fundamental, gracias a la enorme difusión que encontró su obra en Europa. De este modo, establece unos límites cronológicos, del siglo XIII hasta mediados del XIV, que se corresponden con un periodo artístico que posee unas características técnicas que lo separaban de la época anterior. Sin embargo, no fue hasta el siglo XIX, cuando se extendió la noción de «Renacimiento» como un periodo de la historia de la cultura, aunque no cabe duda de que Giorgio Vasari se convertiría en el primer humanista italiano en delimitar, de manera clara, la duración de la desastrosa época cultural artística, situada entre las sociedades doradas del Clasicismo y el Renacimiento italiano, concretamente entre el inicio del siglo IV y el año 1250.

Al final del libro, Eduardo Baura ofrece unas conclusiones, una bibliografía detallada y, además, un apéndice en el que expone una cronología de las expresiones del concepto «Edad Media» entre los siglos XIV y XVI; y otro en el que encontramos una antología de textos del *Quattrocento* y del *Cinquecento* respecto de esta misma noción.

En definitiva, el autor nos ofrece un estudio completo que permite acercarnos a la causa por la que se sigue teniendo una concepción tan negativa de la Edad Media. A través del estudio y análisis de numerosas obras, observamos una crítica constante que se expresa, bien de forma explícita, mediante la utilización de diferentes expresiones despectivas hacia el Medievo, bien de modo implícito, a través de la omisión de dicho periodo en las recopilaciones de los personajes o acontecimientos relevantes de la historia. En este sentido, concluimos que el papel de la propaganda de los humanistas en la insistencia en este relato tan maniqueo de la historia de la cultura es indudable, y es que a los escritores y artistas del Renacimiento italiano les interesaba plasmar de esta forma tan oscura al Medievo, pues cuanto peor hubiera sido este periodo previo, más alabanzas obtendrían ellos por haber logrado su restauración. De esta manera, gracias a la rápida difusión de sus escritos, y a la admiración que sus obras artísticas y literarias causaron en toda Europa, los humanistas italianos consiguieron que, junto con sus logros culturales, se propagaran por todo el continente las tesis históricas que habían desarrollado.

Por tanto, es deber de los historiadores explicar los motivos que subyacen a esa creación arbitraria del concepto de «Edad Media» y seguir demostrando que ese periodo de la historia fue como cualquier otra etapa, con sus luces y sus sombras.

Referencias

- BAURA GARCÍA, E. (2012): *Aetates mundi sunt: la división de la historia durante la Edad Media (siglos IV a XIII)*, La Ergástula Ediciones, Madrid.
- HEERS, J. (1995): *La invención de la Edad Media*, Crítica, Barcelona.
- LE GOFF, J. (2003): *En busca de la Edad Media*, Paidós, Barcelona.
- PERNOUD, R. (1983): *A la luz de la Edad Media*, Granica, Barcelona.

Julio Abel Hernández López
Universidad de La Laguna
<https://orcid.org/0000-0001-5464-5814>
julioherlop94gmail.com

